

Redención

Constanza Flores

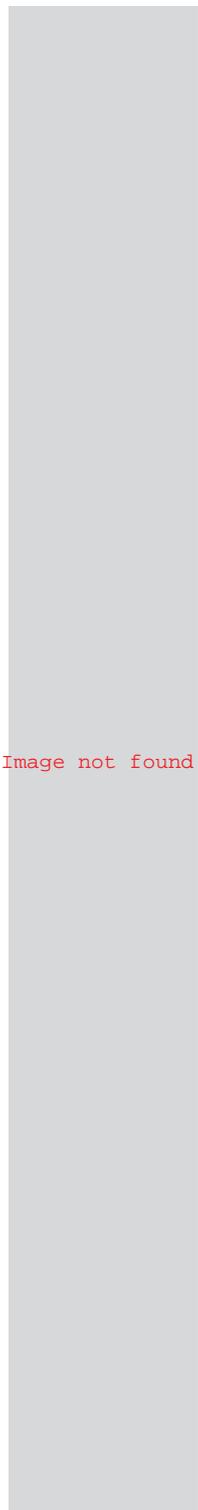


Image not found.

Capítulo 1

Redención.

Su nívea piel, su bruno cabello; el contraste más fuerte que mis ojos jamás han visto, hoy más acentuado que nunca. Estaba usando su vestido favorito, aquel que alguna vez fue tan rojo como la sangre, pero que cuyo color, por el desgaste que el tiempo a todos nos hace, ahora se asemeja más al de sus finos labios.

Todavía recuerdo la vez que lo compramos. Sus brillantes ojos miel transmitían la inmensa alegría que existía dentro de ella, siendo esta incluso mayor que la que desprendía en el día a día, pues, en su fantasía, creía que esa simple prenda la convertiría finalmente en toda una mujer. De todas formas, para mi tranquilidad y su desilusión, permaneció en la inocencia y la dulzura por todo ese año y parte del posterior; hasta que finalmente ingresó a la tan llena de cambios y ansiada etapa.

Como era de esperarse, al cabo de un tiempo ya había perdido gran parte de su energía y nada quedaba de su efusividad, mas, si bien me impactó verla dotarse de ese taciturno carácter, no me alarmé demasiado, puesto que todos transitamos ese periodo entre la disconformidad, la revelación y la rebeldía, y, a su vez, todos salimos de él sin mayor dificultad...o la mayoría.

Mientras más tiempo transcurría, más superficial se tornaba nuestro diálogo. A veces me contaba brevemente qué había sido de su día y otras veces se limitaba a saludarme con un beso en la mejilla sin añadir comentario alguno. Nuevamente, nada fuera de lo típico de la edad, y los momentos que compartíamos, por fugaces que fueran, nos llenaban a ambos. Asimismo, a pesar de que sí la notaba extenuada, aún descollaba esa luz en su mirada, esa tremenda vivacidad, y no había mutado en absoluto la característica ternura que tanto me reconfortaba. Y es que teníamos una hermosa relación, de cariño y confianza.

Puede sonar como una expresión armada, y quizás lo sea, lo que no quita que implique una gran verdad: siempre estuve, y estaré, allí para ella. Me detengo a pensar y no existe la posibilidad de que ella no supiera esto, siempre se lo hice saber: mi prioridad no sería otra sino escucharla, ayudarla y aconsejarla en base a mi experiencia.

La amaba ...o quiero decir, la amo, y no quise más que lo mejor para su vida.

Pero basta, estoy cansado de divagar, basta de postergar lo que realmente quiero sacar de mí. La realidad es que ya no está conmigo y de nada me sirve contemplar estas memorias que cargo ahora que se fue. De

nada me sirve llorar, suplicar. Y es que la vi irse, pero estoy seguro de que no quería hacerlo, de que estaba confundida, de que fue tan solo un impulso y no más que eso lo que la llevó a dejarme con el vacío que me tortura al presente. Estoy desahuciado, lo único que pido es que vuelva y verla sonreír como alguna vez hizo, llena de sueños y de proyectos, llena de vida.

Convencido estoy de que si le fuera dada la oportunidad de regresar lo haría y sin pensarlo dos veces.

No. Basta, ¿a quién quiero engañar? Se fue para siempre y nunca volveré a tenerla en brazos como alguna vez la tuve. No puedo dormir, me atormenta la idea de que, tal vez, si hubiera estado más atento o si me hubiera involucrado más, solo tal vez, podría haber detenido su partida. Convivo con la inaguantable culpa. Y es que no puedo quitar esta imagen de mi mente, que, para que quien lea logre comprender, pasará por el dolor de plasmar en este papel.

Como todas las noches, llegaba del trabajo a nuestro hogar. Ni bien me asomé por la puerta, noté que el sofá donde solía encontrarla reposando estaba vacío. Pronuncié su nombre con voz suficientemente fuerte como para ser escuchada desde cualquier habitación sin obtener respuesta. Me dispuse a buscarla, simplemente quería desearle las buenas noches y luego descansar, mas no la encontré. Salí al patio trasero, confundido, y tampoco estaba allí. El único lugar que me quedaba era el galpón donde almaceno todas mis herramientas lo cual me resultaba bastante extraño, pero puede que necesitara algo pensé y fui sin más.

Crucé el umbral y allí la vi. Elevada, como flotando en el aire. Una expresión de máxima tranquilidad cubría su rostro. Una soga sostenida por una madera del techo y un banco tirado a sus pies. Nada más. Ya era tarde, ya se había ido, y ni una nota de despedida había dejado. Me invadió el desconcierto y me paralizó a tal punto que no derramé ni una lágrima, solo temblé y me dejé caer sobre mis rodillas. Padecí, hasta que me quedé dormido en el suelo. Desperté al otro día para enfrentarme al sinsentido en el que mi vida se había transformado, sabiendo que nunca encontraría una explicación que me satisficiera.

Una semana ha pasado desde ese episodio y hoy tuve que enfrentarme al último adiós. Verla atrapada en ese estrecho espacio, con ojos cerrados, entre esas pequeñas paredes de madera, me hizo darme cuenta de que no seré capaz de seguir adelante sin ella. No estoy dispuesto a esperar a que la vida, el maldito destino o el Dios al que ya no me aferro, decidan tomar riendas en el asunto y obrar de manera tal en que me reúna con ella, no tengo paciencia y, aún más relevante, no tengo nada que perder.

Puede que parezca que me rendí fácilmente y a lo mejor es cierto, pero seguro estoy de que haber sentido un amor tan puro para luego lidiar con

la más trágica pérdida del mismo dejaría a cualquiera desesperanzado y al borde del abismo, y no dar un paso al frente requiere de una fortaleza descomunal que lamentablemente no poseo.

Así que mediante la presente me despido. Ascenderé de la misma forma en que ella lo hizo y dejaré atrás la crueldad de la existencia. Solo deseo que esto nos permita reencontrarnos, no obstante, de no ser posible, he de conformarme con dejar de sufrir y encontrar, finalmente, la redención.